

Este lado de la ciudad

Las elecciones dejaron memes, propaganda que terminó de pijama, lonas que cubren puestos de tianguis y kilos de basura. Sin embargo, también nació una imagen que en mi corta vida no recuerdo haber visto antes. Las diferencias electorales nos enseñaron un paralelismo y una geometría geográfica que nos evoca a la Alemania dividida y al muro de Berlín. No es tan raro que se dejen ver estas diferencias en un mundo de zurdos o diestros, de más o menos, de norte o sur, de pobres o ricos. Era más que anticipado que, en una ciudad donde cada vez caben menos los neutrales, la calzada de Tlalpan sirviera de división.

El día de elecciones siempre tiene algo especial, en mi casa, las comidas se infestan de política. En este hogar el abuelo se la pasa viendo noticieros, la madre sigue recordando aquella vez que Cárdenas ganó en el entonces Distrito Federal y los hijos no se separan de las redes sociales. El domingo de elecciones es un ritual, una manera de validar las guerras en la mesa y, sobre todo, el fin de las discusiones sobre promesas. Los debates de después toman un aire fresco, pero no menos intensos, se vuelven un “Te lo dije” constante. Todo ese ambiente electoral que se parece a todo, menos a una fiesta, se vive en una familia que habita en Iztapalapa.

Yo vivo en la colonia Guerra de reforma, mi colonia es lugar de variados colores y olores, para mí, es un pueblo que no se decide a ser ciudad, como tantas colonias.

Si bien hay autos de sobra y una infinidad de personas, la colonia todavía cuenta con las comadres que van por sus hijos a la escuela, platican una hora con otras comadres y de pasada pasan al mercado por las cosas de la comida. También, es muy común que invadan las calles caballos de tal elegancia que me hacen pensar si la hípica es algo de adinerados o, cosa que disfruto, un asunto muy iztapalapense. Los domingos la primaria que queda frente al mercado se viste de tianguis, sin embargo, el domingo electoral está abierta, las personas que sí acudieron a votar te juzgan con la mirada y esperan a sus familiares que están en las urnas mientras platican con los vecinos sobre el partido a disputarse más tarde.

No sé por qué la selección mexicana de fútbol siempre o casi siempre juega en los días electorales, aunque es fácil imaginarlo, en un país donde la dramaturgia futbolística desplaza al circo político, poco importan los candidatos, lo importante es que el delantero meta goles. Claramente hay gente que en cualquier lado de la ciudad prefiere organizar una reunión futbolera antes que ir a votar. Este año la pandemia no evitó ni las reuniones ni las elecciones, la decisión a tomar era dual, por un lado, estaba tratar de conseguir alcohol en plena ley seca y por otro asistir a las urnas. Luego los “expertos” se romperán la cabeza tratando de analizar la participación ciudadana, esto siempre es así.

El domingo 6 de junio, después de ir a votar y ver perder a la selección, el control remoto y mis dedos me llevaron a buscar los resultados de las elecciones en los noticieros. Los noticieros televisivos se han convertido en una ruleta rusa, la única

diferencia es que, en lugar de disputarse la vida o la muerte, el azar se debate entre la mentira o la verdad. Así fue como el destino y el desatino me presentaron a los famosos analistas políticos de un canal de tv abierta. En aquel análisis se empezaron a marcar las diferencias electorales, empezaron a advertir una diferencia simbólica en la Ciudad de México y a dar sus argumentos. Sus argumentos dejaban ver su nivel de vida, hubo quien dijo que los pobres siempre votan por la izquierda y todos se rieron. También, no faltó el “homo estadísticous” que mostró con números la masa poblacional y las carencias de este lado de la ciudad, Iztapalapa, Xochimilco, Tláhuac, Iztacalco, etc. No puedo decir que tales comentarios me ofendieron, pero claramente eran ofensivos. De pronto pareciera que a cierta gente se le olvida la verdadera ciudad, la de las caras en el metro, la de las combis, la de los microbuses, la de las bicicletas o la de los taxis con conductores ebrios. La ciudad tiene una división clara de clases sociales, es evidente que hay desigualdad, pero no creo que la ciudad dividida geográficamente en dos la represente. Quizá los expertos en política que esa noche vi en la televisión olvidaron que no todo Santa Fe está lleno de edificios, que no todo Coyoacán se mueve en coches lujosos o que en Iztapalapa también hay gente acomodada.

De este lado de la ciudad no hay un barrio judío al lado de un museo Soumaya, ni plazas comerciales que sirven para darnos cuenta de que los asiáticos venden algo más que comida. De este lado, ir apretado en el transporte, que en la noche suenan los plomazos o que asalten los locales sin que la justicia aparezca, es una cotidianidad. Esta parte de la ciudad carece de casas lujosas, de portones

automáticos, de cafés o de antros con aparcamiento. En esta zona de la ciudad sobran los puestos de micheladas, las canchas de fútbol donde se disputa el orgullo, calles con baches y gente que vota con la esperanza en la mano. Pero que no quede duda de que este lado puede ser cualquier sitio, una colonia olvidada de la Benito Juárez, de la Miguel Hidalgo o mi colonia que se resiste a ser ciudad. La ciudad está en todas partes, al igual que las diferencias, vemos a los denominados chairros o fifis, los que van cuando una va llegando y los que llegan cuando uno se va, los de la mañana y los de la tarde, los universitarios y los que sueñan con ser universitarios. Para notar las diferencias no hay que hacer más que salir de tu casa, por eso me pregunto si los analistas de aquel canal no se asoman por las ventanas o de plano se hacen los ciegos.

Las elecciones dejaron polaridad, memes del muro de Tlalpan, crónicas y mi casa infestada de política. Tengo la sensación de que la ciudad necesita cicatrizar antes de que las próximas elecciones lleguen, mientras tanto, aquellos que defendían las libertades progresistas de la ciudad y votaron por el PAN tendrán mucho que reflexionar. En la ciudad todo está destinado al olvido, la ciudad y su prisa nos hacen automóviles sin ruta ni destino. El olvido se nos ha impuesto, a manera de canción ranchera, como una forma de superación. Quizá por esto creemos que olvidar vale la pena. La memoria política de nuestro país se ve reflejada en la dictadura perfecta del PRI o en las opiniones de la gente que no piensa votar por un Sí en la consulta ciudadana a celebrarse (sin ningún ánimo de fiesta) el primero de agosto.

Así bien, nuestro lado de la ciudad es también ciudad, aquí también hay sobrepoblación y sonrisas, poesía, conversaciones sobre política y futbol. El otro lado de la ciudad es así mismo otro país, no menos irreal que el de Iztapalapa. En el otro lado del país la gente sale del territorio por elección, no por necesidad. Las personas del otro lado escriben de México mientras duermen en el extranjero, juegan golf, les dicen comunistas a los que opinan diferente, asisten a todos los mundiales, tienen aviones privados y le pagan a gente que aspira a ser como ellos, falsos analistas que no se cansan de decir que los pobres siempre votan por la izquierda.

Carlos Emilio Zavala Rivera.